

II

A las siete dadas del día siguiente, Razumikin despertó con impresiones que, hasta entonces, jamás habían turbado su existencia. Recordó todos los incidentes de la noche, y comprendió que había experimentado una emoción nunca sentida. Comprendía también que el sueño que cruzara por su mente, era irrealizable de todo punto. La quimera le pareció hasta absurda, y se avergonzó de pensar en ella. De consiguiente, apresuróse á pasar á otras cuestiones más prácticas que aquella.

Le desolaba sobre todo el haberse mostrado la víspera como un grosero rematado. No sólo le habían visto ebrio, sino que además, abusando de la ventaja que su posición de bienhechor le daba sobre una joven obligada á recurrir á él, había vilipendiado, por un sentimiento de necios y súbitos celos, al pretendiente de aquella joven, sin saber las relaciones que existían entre ella y él, ni quién era el tal pretendiente.

El joven, avergonzado por esto y por el sueño que abrigara, recordó haber dicho la víspera que la patrona le amaba y que tendría celos de Advotia Romanovna.....

Tal recuerdo vino á calmar su confusión. Aquello era demasiado. Descargó un puñetazo sobre la hornilla de la cocina, se hizo daño en la mano y rompió un ladrillo.

—Sin duda—murmuró—que todo esto está hecho,

que es imposible borrarlo. Inútil, por tanto, cavilar. Me presentaré á ellas sin decir nada, enmendaré el yerro y..... no me excusaré, no diré nada..... Ya es demasiado tarde.

Sin embargo, dedicó un cuidado especial á su vestido. Sólo tenía un traje; quizá hubiera conservado el de la víspera, aun cuando hubiese tenido muchos, "á fin de no aparentar que lo hacía expresamente." Pero el desaseo hubiera sido de mal gusto; en consecuencia, cepilló su ropa exterior; en cuanto á la interior, Razumikin nunca iba sucio.

Encontrando jabón en la cocina, se lavó cuidadosamente. Pensó en afeitarse, pero se dijo bruscamente:

—¡No, seguiré tal como estoy! Quizá se figurarían que me afeito para... ¡Nunca!

Tales monólogos fueron interrumpidos por la llegada de Zosimof.

Después de pasar la noche en las habitaciones de Prascovia Pavlovna, el doctor había ido á dar una vuelta por su casa, y entonces trataba de visitar á Rascolnikof.

Razumikin le dijo que el enfermo dormía como una marmota. Zosimof prohibió que se le despertara, y prometió volver entre diez y once.

—¡Con tal que esté en casa!...—agregó.—Cuando se tiene un cliente tan aficionado á las fugas, nada se puede decir. ¿Ha de ir él á verlas, ó vendrán ellas aquí?

—Presumo que vendrán—respondió Razumikin, comprendiendo la razón de la pregunta.—Indudable es que tendrán necesidad de hablar de cosas de familia.

Yo me marcharé. Tú, en tu calidad de médico, tienes naturalmente, más derechos que yo.

—No soy un confesor. Por otra parte, algo más que escuchar sus secretos tengo que hacer; me iré también.

—Una cosa me inquieta—añadió Razumikin, frunciendo el ceño.—Ayer estaba borracho, y cuando acompañaba á Rodión, no pude poner freno á mi lengua; entre otras necedades, le dije que temías en él una predisposición á la locura... Pégame si quieres; pero “inter nos,” ¿qué opinión tienes respecto de él?

—¿Qué quieres que te diga? Tú mismo me le representaste como un monomaniaco... Y ayer le alborotamos el cerebro, ¿qué digo le alborotamos? tú fuiste quien lo hizo, con aquellos relatos acerca del pintor. ¡Linda conversación, delante de un hombre cuyo desequilibrio proviene de ese asunto! Si entonces hubiera yo conocido con todos sus detalles la escena de la comisaría; si hubiera sabido que había sido víctima de un canalla, á la primera palabra te hubiera hecho callar. Estos monomaniacos hacen un océano de una gota de agua; las ilusiones de su imaginación les parecen realidades... La mitad de la cosa me fué ayer revelada por lo que Zametof refirió en tu casa. A propósito: el tal Zametof es un muchacho encantador; sólo que... ¡hum! No debió decir lo que dijo. ¡Es un charlatán terrible!

—Pero ¿á quién se lo dijo? ¡A ti y a mí!

—Y á Porfirio.

—¡Buena! ¿Y qué importa que también le oyera Porfirio?

—Pero... ahora que pienso. ¿Tienes alguna influencia con la madre y la hermana? No estará de más que les digas que sean circunspectas con el enfermo...

—¡Se lo diré! —le interrumpió con aire de contrariedad Razumikin.

—Hasta la vista. De mi parte, da las gracias por su hospitalidad á Prascovia Pavlovna. Se ha encerrado en su cuarto; al pasar la he gritado ¡buenos días! y no me ha respondido. Sin embargo, sé que se ha levantado á las siete; por el corredor he visto que la llevaban de la cocina el desayuno... Ni aun se ha dignado admitirme en su presencia.....

A las nueve en punto, Razumikin llegaba á la casa Bakaleyef.

Las señoras esperábanle hacía tiempo con febril impaciencia. Se habían levantado antes de las siete. El joven entró sombrío como por la noche, saludó sin gracia, y en seguida se lamentó amargamente por haberse presentado á ellas de aquel modo. Pulqueria Alexandrovna salió corriendo á su encuentro, le estrechó la mano y poco faltó para que se la besara. Razumikin miró tímidamente á Advotia Romanovna; pero en lugar del aire burlón, del desdén involuntario y mal disimulado que esperaba encontrar, vió en aquel rostro tal expresión de agradecimiento y de afectuosa simpatía, que su confusión no reconoció límites. Con seguridad hubiera preferido que le recibieran con reproches. Por dicha, había un motivo de conversación, y lo abordó rápidamente.

Al saber que su hijo aún no estaba despierto, pero que el estado del enfermo nada dejaba que desear, Pul-

quería Alejandrovna declaró que lo celebraba, pues tenía necesidad de conferenciar con Razumikin.

La madre y la hija preguntaron al visitante si había tomado el té, y como respondiera negativamente, le invitaron á tomarle en su compañía, pues esperaban su llegada para ponerse á la mesa.

Avotia Romanovna tiró al punto del cordón de la campanilla. Apareció un astroso criado. Se le ordenó que llevara té, y fué servido de modo tan inconveniente y tan poco limpio, que ambas señoras se sintieron avergonzadas. Razumikin echó pestes contra semejante servicio; mas pensando en Lugin, calló, perdió su presencia de ánimo y se sintió feliz al salir de aquella situación, gracias á las preguntas que Pulquería Alejandrovna hizo llover sobre él.

Interrogado sin cesar, habló cerca de una hora, refiriendo cuanto sabía concerniente á la vida de Rascolnikof. Terminó con el relato circunstanciado de la enfermedad de su amigo, pasando por alto lo que consideró que no era preciso decir; la escena de la oficina y sus consecuencias, por ejemplo.

Ellas le escuchaban ávidamente; pero aunque creía haberles dado todos los detalles capaces de interesarlas, la curiosidad de madre é hija no estaba aún satisfecha.

—Decidme, decidme: ¿qué pensáis?... ¡Ah, perdón! Todavía no sé vuestro nombre—dijo vivamente Pulquería Alejandrovna.

—Demétrio Prokofitch.

—Pues bien, Demétrio Prokofitch, me gustaría saber..... cómo..... en general..... mira las cosas,

ó, para expresarme de mejor modo, qué es lo que le agrada y qué le desagrada. ¿Está siempre tan irritable? ¿Cuáles son sus ideas, sus sueños, si queréis? ¿Bajo qué influencia se encuentra en este momento?

—¿Qué os diría yo? Conozco á Rodión hace diez y ocho meses: es lúgubre, sombrío, orgulloso y altivo. En estos últimos tiempos (pero quizá esta disposición existiera en él de antiguo) se ha tornado receloso é hipocondriaco. Es bueno y generoso. No le gusta revelar sus sentimientos, y le cuesta menos burlarse de las personas que mostrarse expansivo. En ocasiones no es del todo melancólico, sino frío é insensible hasta la inhumanidad. Se diría que hay en él dos caracteres opuestos que se manifiestan turnando. En ciertos instantes, su taciturnidad es extremada. ¡Todo le fastidia. todo el mundo le molesta, y permanece tumbado y ocioso! No es burlón, y no porque su espíritu carezca de causticidad, sino porque desdeña la burla como pasatiempo frívolo. No escucha hasta el fin lo que se le dice. Nunca le interesan las cosas que en ocasiones preocupan á todo el mundo. Tiene elevada opinión de sí mismo, en lo cual, á mi entender, no va descaminado. ¿Qué más os diré? Me parece que vuestra llegada ejercerá sobre él una acción de las más saludables.

—¡Ah. Dios lo quiera!—exclamó Pulquería Alejandrovna, inquietísima por aquellas revelaciones referentes á su Rodia.

Por último, Razumikin se atrevió á mirar con más libertad á Advotia Romanovna. Con frecuencia la había examinado cuando hablaba, pero de soslayo y apartando en seguida los ojos. La joven, por su parte, tan

Esas cosas
de Pulquería
Alejandrovna
y Rodión

pronto iba á sentarse junto á la mesa y escuchaba atentamente, como se levantaba y, según costumbre, empezaba á pasear á lo largo del aposento, con los brazos cruzados, los labios contraídos y haciendo de vez en cuando, y sin interrumpir su paseo, alguna pregunta. Tenia también la costumbre de no escuchar hasta el fin lo que se le decía.

Por diversos indicios, Razumikin reconoció pronto que las señoras eran muy pobres. Si Advotia Romanovna hubiera estado vestida como una reina, probablemente no le hubiera intimidado en manera alguna; pero por lo mismo que iba pobremente vestida, le infundía gran temor y meditaba con extremo cuidado cada una de sus expresiones, cada uno de sus gestos, lo que, naturalmente, aumentaba el embarazo de un hombre ya poco seguro de sí mismo.

—Habéis dado muchos curiosos detalles sobre el carácter de mi hermano, y..... los habéis dado imparcialmente. Así me place. Pensaba que le admirabais—observó sonriendo Advotia Romanovna.—Creo que ha de mediar alguna mujer en su existencia—prosiguió, pensativa.

—No diría tanto, pero es posible que tengáis razón; sólo que.....

—¿Qué?

—El no ama á nadie; probablemente no amaré nunca—afirmó Razumikin.

—¿Es decir que es incapaz de amar?

—¿Sabéis, Advotia Romanovna, que os parecéis terriblemente á vuestro hermano?..... casi me atreve-

ría á decir que bajo todos los aspectos—dijo aturdidamente nuestro joven.

Luego recordó súbitamente la opinión que concluía del dar respecto á Rascolnikof; se turbó y se puso encarnado como un cangrejo.

Advotia Romanovna no pudo menos de sonreír al contemplarle.

—Ambos os podríais engañar respecto á Rodia.—sentó Pulqueria Alejandrovna, algo picada.—No hable del presente, Dunia. Lo que Pedro Petrovitch escribe en esa carta..... y lo que tú y yo imaginamos, puede no ser verdad, mas no podríais imaginaros, Demetrio Prokofitch, cuán fantástico es y caprichoso. Hasta cuando contaba sólo quince años, su carácter era para mí una continua sorpresa. Hoy lo creo capaz de hacer algo que ningún otro hombre podría imaginar. Sin ir más lejos. ¿sabéis que hace diez y ocho meses por poco me quita la vida, con motivo del casamiento con aquella..... con la hija de la señora Zarnitzin, su patrona?

—¿Conocéis los detalles de esa historia?—preguntó Advotia Romanovna.

—¿Creéis—prosiguió animada la madre—que hubiera hecho caso de mis súplicas, de mis lágrimas, que mi enfermedad, el temor de verme morir ó nuestra miseria le hubieran conmovido? No, lo más tranquilamente del mundo hubiera llevado á cabo el proyecto, sin detenerse ante consideración ninguna. Y sin embargo, ¿es posible que no nos ame?

—El nunca dijo nada respecto á eso—respondió con reserva Razumikin.—Supe algo de ello por la señora

Zarnitzin, que tampoco es muy charlatana, y lo que supe no deja de ser bastante extraño.

—¿Qué es lo que supisteis?—preguntaron á una ambas señoras.

—¡Oh, nada de particular ni de interés, hablando con verdad! Todo se reduce á que dicho matrimonio, que era asunto convenido y que iba á efectuarse al morir la futura, desagradaba en extremo á la señora Zarnitzin..... Por otra parte, suponen que la joven no era hermosa, ó; por mejor decir, que era fea, y además, según dicen, enfermiza, y..... antipática. Sin embargo, parece ser que tenía buenas cualidades. Con seguridad que las tendría; de otro modo no se comprende.....

—Convencida estoy de que era joven de mérito—observó lacónicamente Advotia Romanovna.

—Dios me lo perdone: yo me alegro de su muerte; y, sin embargo, no sé para cuál de los dos hubiera sido más funesto el matrimonio—concluyó la madre.

Luego, tímidamente, tras muchas vacilaciones y mirando á su hija, visiblemente contrariada, interrogó nuevamente á Razumikin respecto á la escena desarrollada la víspera entre Rodia y el futuro de su hermana.

Tal incidente parecía inquietarla sobremedida y producirla verdadero espanto.

El joven relató detalladamente el altercado de que fuera testigo, agregando su opinión. Acusó abiertamente á Rascolnikof de haber insultado á Pedro Petrovitch, y no invocó la enfermedad para disculpar aquella acción deliberada de su amigo.

—Antes de caer enfermo había pensado hacerlo—concluyó.

—Lo mismo que yo creía—dijo Pulqueria Alexandrovna con la consternación pintada en el rostro.

Pero quedó sorprendida al notar que Razumikin había hablado de Pedro Petrovich en términos los más lisonjeros y hasta con una especie de estimación, cosa que chocó igualmente á Advotia Romanovna.

—¿Ese es vuestro parecer respecto á Pedro Petrovitch?—no pudo menos de preguntar Pulqueria Alexandrovna.

—No puedo abrigar otro, tratándose del futuro esposo de vuestra hija—respondió en tono firme y caloroso Razumikin.

—Y no me hace hablar como hablo una cortesía trivial; digo esto porque..... porque..... ¡Basta que se trate del hombre á quien Advotia Romanovna honró con su elección! Si ayer me expresé respecto á él en términos injuriosos, fué porque ayer me hallaba abominablemente borracho y, además, loco. ¡Loco, sí! Había perdido el juicio, estaba completamente extraviado: hoy me avergüenzo de ello.....

Se ruborizó y guardó silencio. Las mejillas de Advotia Romanovna se colorearon, pero no dijo palabra: callaba desde que se empezó á hablar de Lugin.

—Oídme, Demetrio Prokofitch... ¿Seré franca por completo con el señor Demetrio Prokofitch?—preguntó á Dunia.

—Desde luego, mamá—respondió de un modo categórico Advotia Romanovna.

—Se trata de lo siguiente—apresuróse á decir la ma-

dre, cual si la quitaran una montaña de encima del pecho, al permitirle comunicar su pena.—Esta mañana, de madrugada, recibimos una carta de Pedro Petrovitch, respuesta á la que ayer le escribimos para notificarle nuestra llegada. El debía salir á recibirnos á la estación, como estaba convenido. En su lugar, en la estación nos encontramos con un criado, quien nos acompañó hasta esta casa y nos anunció para esta mañana la visita de Pedro. Y he aquí que, en vez de venir, Pedro Petrovitch nos dirige estas líneas. Mejor es que vos mismo las leáis. Contienen un extremo que me inquieta extraordinariamente. En seguida veréis cuál es. y me daréis francamente vuestra opinión. Conocéis mejor que nadie el carácter de Rodia, y mejor que nadie podéis aconsejarnos. Os prevengo que Dunetchka ha decidido la cosa inmediatamente; mas yo no sé todavía qué partido tomar, y. os esperaba.

Razumikin desdobló el pliego, fechado la víspera, y leyó:

“Tengo el honor de participaros, Pulqueria Alejandrovna, que causas imprevistas me impidieron esperaros en la estación, por lo cual me reemplazó un criado de confianza. Los asuntos del Senado me privarán del honor de veros mañana por la mañana: por otra parte, no quiero estorbar vuestra íntima entrevista con vuestro hijo, y de Advotia Romanovna con su hermano. A las ocho en punto de la noche de mañana, tendré el honor de pasar á veros. Encarecidamente os ruego que evitéis en esta entrevista la presencia de Rodion Romanovitch, pues me insultó del modo más grosero en la visita que ayer le hice. Independientemente de esto,

deseo tener con vos una explicación personal sobre un punto que quizá interpretemos de un modo distinto. De antemano tengo el honor de preveniros que si, no obstante mi deseo, formalmente expresado, encuentro en vuestra casa á Rodion Romanovitch, me veré precisado á retirarme inmediatamente, y á nadie sino á vos podréis quejaros.

“Os escribo esto en vista de que Romanovitch, que parecía tan enfermo cuando yo le visité, recobró la salud dos horas después, y puede, por consiguiente, ir á vuestra casa. Ayer, efectivamente, le vi con mis propios ojos en casa de un borracho á quien acababa de apiastar un carruaje, y so pretexto de pagar los funerales, dió veinticinco rublos á la hija del difunto, joven de mala conducta. Ello me sorprendió mucho, pues sé á costa de qué trabajos habíais encontrado esta suma.

“Ruego saludéis muy cortesmente á la honrada Advotia Romanovna, y consintáis que me repita, con respetuosa fidelidad, vuestro más afectísimo servidor,

P. LUGIN.”

—¿Qué hacer ahora, Demetrio Prokofitch?—preguntó Pulqueria Alejandrovna casi con lágrimas en los ojos.—¿Cómo decir á Rodia que no venga? ¿Y qué sucederá si mi hijo sabe que la persona á quien me ha prohibido recibir habla conmigo? ¿Qué sucederá si aquí se encuentran?

—Obrad como piense Advotia Romanovna—respondió tranquilamente y sin la menor vacilación Razumikin.

—¡Ah Dios mío! ella dice..... ¡qué sé yo lo que dice! ¡No me explica sus propósitos! Según dice, es preferible, indispensable, mejor dicho, que Rodia venga esta noche á las ocho y que se encuentre aquí con Pedro Petrovitch..... Yo preferiría no enseñarle la carta y valernos de algún medio para impedir que venga..... Pensaba conseguirlo con vuestra ayuda..... Tampoco veo de qué borracho muerto y de qué joven se trata en estas líneas; ni puedo comprender que haya dado á dicha persona el último dinero..... que.....

—Que representa para vos tantos sacrificios, mamá—concluyó la joven.

—Ayer no se hallaba en su estado normal—dijo Razumikin con aire pensativo.—Si supierais á qué pasatiempo se entregó ayer en un "traktir!" Por otra parte, obró divinamente. ¡Hum!..... En efecto, ayer me habló de un muerto y de una joven; mas no le comprendí palabra..... Verdad que ayer también estaba yo.....

—Lo mejor, mamá, es ir á su casa; en seguida veremos qué hay que hacer. Por otra parte, es hora..... ¡Dios mío! ¡Las diez dadas!—exclamó Advotia Romanovna mirando un soberbio reloj de oro esmaltado que llevaba pendiente del cuello por medio de una fina cadena de Venecia y que contrastaba singularmente con el conjunto de su tocado.

—Un regalo del prometido—pensó Razumikin.

—Sí, es hora de echar á andar..... Quizá sea tarde.....—dijo Pulqueria Alexandrovna precipitada.—Va á pensar que le guardamos rencor por su aco-

gida de ayer; porque así se explicaría nuestro retraso. ¡Ah, Dios mío!

Mientras hablaba poníase el sombrero y el abrigo. Dunetchka preparábase también para salir. Sus guantes estaban además de roídos, agujereados, como lo notó Razumikin: sin embargo, aquella pobreza daba á las señoras un aspecto particular de dignidad, como se advierte en todas las mujeres que saben llevar vestidos humildes.

—¡Dios mío!—repitió Pulqueria Alexandrovna.—¡Nunca hubiera creído que llegaría á temer de tal modo una entrevista con mi Rodia!..... ¡Tengo miedo, Demetrio Prokofitch!—añadió, mirando tímidamente al joven.

—No temáis, mamá—dijo Dunia abrazando á su madre.—Yo tengo confianza.

—¡Ah, sí!..... yo también, y, sin embargo, no he dormido en toda la noche—agregó la pobre mujer.

Los tres salieron de la casa.

—¿Sabes, Dunetchka, que esta mañana, de madrugada, empezaba á quedarme dormida cuando de pronto vi en sueños á la difunta Marfa Petrovna?..... Estaba vestida de blanco..... ¡Ay, santo Dios! ¿no sabéis Demetrio Prokofitch, que ha muerto Marfa Petrovna?

—No, no lo sabía. ¿Y qué Marfa Petrovna es ésa?

—Murió de repente. Y figuraos que.....

—Espera, mamá—interrumpió Dunia: si todavía no sabe de qué Marfa Petrovna estáis hablando....

—¡Ah! ¿no la conocíais? Pensaba que os lo había dicho. Dispensad, Demetrio Prokofitch, ¡tengo la ca-

beza tan trastornada desde hace tres días! Os considero como nuestra providencia; me hallaba persuadida de que conocíais todos nuestros asuntos. Os miro como á un pariente. . . . ¡No os enfadé lo que digo! ¡Pero, Dios mío! ¿qué tenéis en la mano? ¿Estáis herido?

—Sí, me he herido—murmuró Razumikin rebotando dicha.

—En ocasiones soy muy expansiva, por lo que Dunia me reprende. . . . Pero, ¡Dios mío, en qué tugurio vive! ¡Con tal de que esté despierto! ¡Y esa mujer, su patrona, llama á aquello una alcoba! Decís que no le gusta abrir su corazón. Es posible, pues, que le fastidie con mis. . . . debilidades. . . . ¿No podríais darme algún consejo, Demetrio Prokofitch? ¿Cómo deberé conducirme en su presencia? Estoy completamente desorientada.

—No le hagáis muchas preguntas, si queréis que no arrugue el entrecejo; sobre todo, procurad no hablarle mucho de su salud: no le gusta.

—¡Ah, Demetrio Prokofitch! ¡Qué penosa es, en ocasiones, la posición de una madre! Pero mirad qué escalera. . . . ¡Qué horrible!

—Mamá, estáis pálida; calmaos, querida mía—dijo Dunetchka acariciándola.—¿A qué atormentarte así, cuando para él debe ser una dicha el vernos?—añadió con resplandor en los ojos.

—Esperad, iré delante para saber si está despierto.

Razumikin hizo lo que dijo, y las señoras continuaron subiendo poco á poco la escalera.

Cuando llegaron al cuarto piso, echaron de ver que la

puerta de casa de la patrona estaba entreabierta, y que por la estrecha rendija las observaban dos ojos negros y penetrantes. Cuando las miradas se encontraron, la puerta se cerró súbitamente y con tal estrépito, que poco faltó para que Pulqueria Alejandrovna, sobresaltada, dejara escapar un grito.

III

—¡Sigue bien, sigue bien!—exclamó alegremente Zosimof al ver entrar á las señoras.

El doctor había llegado hacia diez minutos, y ocupaba en el diván el mismo sitio de la vispera.

Rascólnikof, sentado en el otro extremo, se hallaba completamente vestido; hasta se había tomado el trabajo de lavarse y de peinarse, cosas que no hacía con frecuencia.

Aun cuando con la llegada de Razumikin y de las dos señoras se llenó el aposento, Nastasia supo encontrar sitio para permanecer y escuchar lo que se hablara.

Efectivamente, Rascólnikof se hallaba bien, con relación á la vispera, sobre todo; pero estaba muy pálido y veíasele sumido en tristes reflexiones.

Cuando Pulqueria Alejandrovna entró con su hija, Zosimof notó, con sorpresa, la impresión que se manifestaba en la fisonomía del enfermo. No era alegría, sino una especie de estoicismo resignado; el joven parecía recurrir á toda su energía para soportar una tor-